

Lucía y la asimetría de los labios de su vulva

Manel Artero Badenes



Capítulo 1

Nos gusta mucho el juego, forma parte de una máxima personal que definimos del siguiente modo: "somos de poco follar, pero de mucho sexo". Entendiendo por sexo un juego con etapas, pero sin meta alguna y durante el cual nos encanta charlar y reír.

Ayer fue uno de esos días. Estábamos tendidos, ahítos de comernos, y nos dio por ponernos confesionales. Bien, ella lo hizo. Me confesó cuánto le había costado abrirse de piernas frente a mi cara sin sentir vergüenza de su vulva.

Me sorprendió, claro, pensaba que el único que había tenido complejo con sus atributos sexuales había sido yo, algo que habíamos comentado entre risas muchas veces. Y ahora me salía ella diciéndome que se avergonzaba de esa maravilla que degusto una vez tras otra como el más rico de los manjares.

Así, echados, y mientras mi mano se perdía entre los labios de su sexo cálido y húmedo, me lo contó todo: Siento mucha vergüenza de lo asimétricos que son los labios internos de mi vulva, soltó a bocajarro, uno me cuelga mucho más que el otro y es horrible... Me quedé estupefacto, pero preferí dejarla hablar. Si a mí me había sido de tanta ayuda confesarle lo jodida que fue mi adolescencia por el poco tamaño aparente de mi polla, imaginé que a ella le haría el mismo bien.

Me confesó de cuando era joven, la de muchachos con los que había renunciado a intimar por culpa de ese problema; cómo a lo largo de la vida siempre hizo esfuerzos por disimular eso que ella consideraba una monstruosidad anatómica y también la de veces que había negado la posibilidad de un cunnilingus para no tener que abrir su sexo frente a un hombre. Mientras me contaba sus cuitas me entró una ternura tan grande que la abracé con fuerza. Ella continuaba liberándose de su pesada carga explicándome los distintos fracasos con otros tantos amantes y de cómo su baja autoestima había tenido mucho que ver en ello.

Cuando terminó de contarme y sin dejar de acariciarla, hablé yo.

Ante todo, gracias, Lucia, le dije. Gracias por desnudarte ante mi y hacerme partícipe de tu complejo. Te juro que no tenía ni idea. Yo, que pensaba que en esta cama solo había un tonto y resulta que ambos lo somos. Jodiéndonos la vida por siquiera un par de centímetros; en mi caso de falsa hombría y en el tuyo por la asimetría en una pequeña parte de tu precioso sexo. Pero es que hay dos cosas que no pareces entender: Una es que la inmensa mayoría de coños, y he visto algunos, son asimétricos, sobre todo sus labios internos; y la otra, cariño, es que los hombres nos dividimos en dos grandes grupos: Los que cuando os ven

apenas vislumbran en vosotras algunos agujeros acogedores donde meter su trocito de carne y los que, como me sucede a mí, idolatramos cada parte de vuestro cuerpo, sobre todo la absoluta belleza de vuestro sexo. De los primeros no hace falta hablar, habrás conocido a alguno y te habrás dado cuenta de que ahí, ni se asoman; de los otros, entre los que me incluyo, puedo garantizarte que jamás escucharás una mala palabra de esa parte de vuestra anatomía.

Mientras le hablaba me fui deslizado hacia abajo, ubicándome entre sus piernas y poniendo mi cara frente a su vulva para darle un lametón largo y salival que separó ambos labios, dejando a la vista la entrada de su vagina y poniendo en evidencia la causa de su complejo. Mira que bonitos son, le hablaba mientras sorbía el más pequeño; es precioso, sentencié luego de dejarlo en libertad. A continuación, sorbí el otro, con más deleite si cabe y canté sus excelencias como un trovador le cantarí a su amada. Es tan hermoso tu coño, le decía poniendo una nariz ariete en la entrada de su femineidad: su color, su olor, su sabor, la textura de tus fluidos de hembra madura.

Mientras me lo comía de nuevo para sentirla vibrar frente a mi cara le explicaba cuán poco importante era esa carnecita de más. Cuanto más hermoso se convertía su sexo gracias a esa particularidad y cómo esa telilla suave de carne jamás podría eliminar su visión global, hermosa e irrepetible: el monte de venus carnoso y cubierto de pelo ralo, el capuchón de piel que escondía la perla valiosa de su clítoris, la entrada dentada y absorbente de su vagina y la visión completa de esos labios externos, hinchados ya por la excitación.

Tuvo un orgasmo comedido y largo, como mi deseo hacia ella.

Luego nos callamos, la abracé por la espalda y me dediqué a sentir cómo su respiración se calmaba e iba entrando en la somnolencia pacífica que viene tras la crispación del orgasmo.

Pensaba en ambos. Pensaba en tantos y tantas que hemos perdido los mejores años de nuestras vidas escondiendo pequeñas diferencias anatómicas que nos igualan a los demás. Pensaba en cuánto daño provocan las pornografías manipuladas y la falta de verdaderas educaciones sexuales en el hogar y en las escuelas. Pensaba en qué sociedad tan enferma conformamos que somos capaces de trivializar las violencias más salvajes mientras escondemos como pecado lo que es tan natural y necesario. Pensaba... pensaba...